



Recuerdos

La Semana Santa vista a través
de La Horqueta Digital

2010



www.horqueta.net

Índice

Prólogo_____	página 2
Viernes de Dolores_____	página 3
Recuerdos de Álex J. García Montero	
Sábado de Pasión_____	página 10
Recuerdos de Emilio Campomanes	
Domingo de Ramos _____	página 14
Recuerdos de Manuel T. González Medina	
Lunes Santo _____	página 18
Recuerdos de Jorge Revenga	
Martes Santo _____	página 22
Recuerdos de Antonio Alonso Morán	
Miércoles Santo _____	página 29
Recuerdos de Miguel Ángel Zamora	
Jueves Santo _____	página 32
Recuerdos de Javier Casas Anel	
Viernes Santo_____	página 35
Recuerdos de Rafael Casas Anel	
Sábado Santo_____	página 39
Recuerdos de Gonzalo F. González-Cayón	
Domingo de Resurrección _____	página 43
Recuerdos de Xuasús González	

Fotografías: Antonio Alonso Morán, Eduardo Álvarez Aller, Xuasús González, Jorge Revenga y Luis Reyero.

Prólogo

Por quinto año consecutivo, La Horqueta vuelve a hacer realidad *Recuerdos*. Es la forma que tiene de plasmar en papel lo sucedido en la Semana Santa de 2010. De describir, siempre desde nuestra óptica –la de cada uno de sus autores–, cómo se desarrollaron los Diez Días que menos duran en el año.



En esta ocasión, Álex J. García Montero, Emilio Campomanes, Manuel T. González Medina, Jorge Revenga, Antonio Alonso Morán, Miguel Ángel Zamora, Javier Casas Anel, Rafael Casas Anel, Gonzalo F.



González-Cayón y Xuasús González –por orden cronológico– son los responsables de que estos *Recuerdos* sean una realidad.

Responden al punto de vista individual de cada uno de ellos –que seguro coincide, al menos en parte, con el nuestro–, unidos a través de... La Horqueta.

La Semana Santa leonesa de 2010 forma ya parte de la Historia, y estos *Recuerdos* han querido ayudar a escribirla. Aunque sólo sea para deleite personal.

Sea, pues.

Viernes de Dolores

Recuerdos de Álex J. García Montero



La Semana Santa, para las personas, es como cualquier ciclo del año; es decir, un periodo donde podemos hacer de todo, dentro de una escala de distintas opciones.

Hay posibilidad de sentirla completamente; bueno, completamente, en plenitud, sólo la sintió el Hijo de Dios y su Madre hace más de dos mil años. Pero también tenemos la opción de pasar prácticamente de ella, si nos tomamos estos días venideros como descanso y solaz del cuerpo y la mente en cualquier parte.

Entre nosotros alguien puede pensar: ¿se puede estar en León, sin pasar de la Semana Santa en Semana Santa? Sí, rotundamente sí; aunque hace años yo hubiera sido el principal defensor de la negación ante dicha pregunta.

Estas opciones hacen que nos planteemos como papones de acera o de cofradía o hermandad, el vivirla lo más intensamente posible. Dice un amigo mío que para muchos la Semana Santa empieza y acaba el propio día de procesión (o siquiera sin acabar la misma), haciendo de algo mágico, en el buen sentido de la palabra, algo más bien trivial. Y el Viernes de Dolores es un cúmulo de antinomias, es decir, pensamientos totalmente racionales, opuestos entre sí.

Mi Viernes de Dolores comenzó de una manera un poco extraña. Por una parte, las celebraciones festivas del centro educativo donde trabajo; por otro, y sobre todo, el deseo de adelantar el reloj lo más rápido posible; yo qué sé. Nunca he sido partidario de mezclar situaciones, y los cohetes, los confetis, los globos y las fiestas no me encajaron.

Sin embargo, cuando veo los niños, sí, aquellos que cogerán su palma dos días después disfrutando en unas fiestas, pues me hago niño e intento disfrutar, no en las fiestas, sino aguardando la gran

tarde y noche que nos esperaba deparar. De hecho, antes de correr hacia Santa Nonia, cómo no, me detuve a observar la preparación de los pasos del Sacramentado en el patio de la Colegiata de San Isidoro, sito en Santo Martino, otro enclave cofrade, porque la curiosidad papona es casi genética.

De hecho, como montador, observé todo con mimo y respeto desde una distancia prudencial, y mis buenos amigos Rocío y Orlando me invitaron a pasar adentro, a cruzar es línea mágica que, aunque no haya precinto alguno, sabemos dónde está: en el cariño.

El Viernes de Dolores en León, para mí especialmente, es un cúmulo de sensaciones, muchas de ellas contradictorias, muy difíciles de explicar, siempre que la dificultad de esa explicación sea entendida desde el punto de vista racional. Simplemente, trataré de desgranarlas para compartirlas con vosotros o, haciendo algo muy cofrade, discutir las al amparo de una buena limonada.



Por un lado, como cualquier día, pero éste en especial, siempre es lo mismo (al fin y al cabo, es lo que me dice mi mujer). Y sin embargo, todos esperamos a que salga "La Morenica", mirando a los dinteles, jambas y puertas de la Parroquia de Nuestra Señora del Mercado con ojos de niño, como si fueran (y para mí lo han sido este año) un envoltorio de un gran regalo.

Atisbé a ver la cruz parroquial y la campanilla. Creí ver a un buen amigo, Lázaro, repartiendo las postales del Triduo a Nuestro Padre Jesús Nazareno, que comenzará mañana en Santa Nonia. El Triduo se celebrará, Lázaro. Ese entrañable ferroviario lo celebrará.

Es el pitido del tren que muestra que una novia llega a la estación anhelando el momento. Este pitido debieran ser los roncós tambores en ordinaria, que este año, para mí desgracia, no tuve el gusto de escuchar, al ver como una de las bandas, la banda de música de Jesús, llegaba de forma un "pelín" atropellada a la calle del Hospicio.



Quizás simplemente amenazaba lluvia y, de hecho, lloviznaba ligeramente, y no convenía retrasar la llegada. Para mí, que desde mi sentimiento de papón de tambor (rompí parches en Jesús en la gran banda, la Banda de Cornetas y Tambores de la Cofradía fundada hace casi cincuenta años, durante dos lustros), el Viernes de Dolores siempre ha sido el gran día de las bandas en la calle, tocaran como tocaran.

Siempre Minerva y Jesús, siempre Jesús y Minerva, alternándose según años, pero con lo de siempre: cornetas y tambores. Aun siendo entonces papón de mi banda negra, aquella de los doscientos buenos compañeros, siempre me impresionaron las capas blancas sacramentales de Minerva, su esbelto guión, y aquel que durante un tiempo ostentó su banda hecho en metal que, cuanto menos, era penitencia llevarlo un mínimo de medio metro.

Hoy ya sé que han cambiado las bandas, pero la ilusión sigue siendo la misma que aquel niño de gafas con su tambor de color latón y acompañado de Tomás (el que ejercía de auténtico padre en la procesión), de Juanjo, de Monje, de Luis, de Paíno, de Carlos, de Eulogio... y tantos y tantos, que cuando llegué al cruce entre Hospicio, Herreros y Escurial, me hicieron sentir oír *Aída*, una marcha de ordinaria compuesta como adaptación a cornetas y tambores de la ópera *Aída* de Verdi. Para mí sigue siendo, hoy, mi marcha de Viernes de Dolores.

Qué esbelta iba, como siempre, la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad por medio de la representación al completo, con guión, pendoneta y varas, delante de nuestra Señora del Mercado. Es el contrapunto a otras formas, que luego aparecen culebreando a lo largo de la procesión. Y en ese momento recordé que soy papón de Angustias, y que Santa Nonia fue Capilla de la Esclavitud.

Los nervios, el doblar de las campanas en su magnífico diálogo





posterior con el tañer de la vetusta espadaña del Monasterio de las Madres Benedictinas, las bien llamadas "Carbajalas", hicieron que el Viernes de Dolores, mi Viernes de Dolores distinto a todos, fuera impregnando el Viejo León de las lágrimas que esa tarde, cuando sale la Señora del Mercado, se funden con las mías, al mirar al Cielo y recordar, una

vez más, y serán eternas, las veces que alguien, que no gustaba de la Semana Santa, me llevara siempre por mi cabezonería, subido sobre sus hombros a ver, a sentir, a admirar esta Procesión de la Dolorosa: mi padre.

Siempre que suena el Himno de salida, creo ver a mi padre que me viene a traer una baqueta de más, por si mi falta de destreza y pericia dieran al traste con la madera de las otras dos.

Una vez pasado ese instante íntimo, los amigos, aquellos con los que comparto esta Pasión: Carlos y Olga, Xuasús y Merce, Jorge y Yolanda, Manolo y Ana, Gonzalo y Feli, Eduardo, Manuel, Manolo, Eugenio, Jesús y Manuel Morchón... junto con otros que, aun teniendo más cercanía o más distancias, fuimos capaces de hacer del Viernes de Dolores un auténtico Jueves Santo o Día del Amor Fraternal.

Y es que este día, la principal cofradía es la de los Papones de Acera y Atajadores. No hay reglas ni estatutos; tan sólo cariño, sentimiento, amor y pasión. Luego, andada para la Plaza Mayor vino mi mujer, que cansada de un fatigoso día laboral, pasa de venir al Barrio Húmedo, como algún otro viernes más, a sentir a mi lado la Procesión de "La Morenica".

Y es que todo ese día son recuerdos, recuerdos de añoranza de un tiempo que pasó y personas que se fueron. Y, mi mujer, aunque no fuera lo suyo ésta mi locura, la sintió porque me siente lo que siente mi corazón este gran día.



Luego, la Plaza Mayor. Es lugar de crítica. Que si lleva el manto estilo "burka" (lo cual, aunque irreverente siempre lo he creído y lo seguiré pensando), que si unos, que si otros, aunque muchas veces debiéramos decir que si nosotros.

Aquí hay varias procesiones a la vez. Está la Procesión en sí. Tenemos los tránsitos al Benito, como itinerarios adjuntos, que rompen toda la clamada (y falsa) austeridad de la Semana Santa de León, y mucho más de la sobriedad (muchas veces farsa) de este día.

Lo siento, pero muchas veces pienso que si la Virgen de la Dolorosa fuera con carga interna (costaleros, hermanos de carga, banceros internos...) habría ilustres y orgullosos braceros de ese día que no acudirían a esta perenne cita anual.

Pero en la Plaza Mayor también tenemos la otra procesión: todas las mujeres que se agolpan a lo largo de toda la procesión con un ejemplo auténtico de lo que debe ser nuestra Semana Santa: pasión, devoción, interioridad, entrega, sacrificio... ¿Quién dijo que sobraba la mujer en la Semana Santa de León? Viéndolas son ellas la Madre, y la "Virgen de las Tristezas", como la denominara el gran papón Máximo Cayón Waldaliso, ellas.



Quizás sea este día en el que también me acuerde como Maxi padre, en el Benito, junto a mi padre, a Jesús, a Florinda y a Alfredo, (algún día habrá que rendirles un sincero homenaje para "no mangarla", como decía el bueno de Chus) me sentaba en sus piernas y, yo ignorante y profano de todo, escuchaba atento todo lo que él me contaba sobre la Semana Santa de León.

También me pregunto, ¿qué pasaría hoy si Maxi Cayón padre levantara la cabeza? Yo, al menos, sigo mirando de reojo al Benito, por si está y nos lo dice, porque todos los papones nos formamos con su "catecismo cofrade" del libro sobre Jesús.

Y, pasamos a la Calle Ancha, donde es imposible caminar. Para ello, generalmente me encuentro con esas personas, apenas conocidas, pero siempre presentes en Semana Santa, surgidas como profundas sombras de la espesura de la noche, que compartimos algún rato en nuestra vida, y luego nos perdimos entre la espesura de la distancia y el tiempo.

Algún compañero de escuela, alguna amistad... que entre los cristales y las verjas del Cristo de la Victoria se reflejan escuálidas ante el canto y el mecer de la Virgen. Parece que nos hemos visto ayer, y, como de costumbre, ya ha pasado, por lo menos, un año desde la última vez que nos saludamos.

Reconozco que nunca me ha gustado sentir la procesión en Santo Domingo. Lo encontraba, en la nocturnidad, como un lugar apagado, triste, oscuro, tenebroso, lúgubre. Quizás por ello es el centro de León.



El único sentimiento que me viene, muy especial eso sí, es el del sonido. Por un lado, esa agua de la fuente que surte una y otra vez, como nuestra Semana Santa. Por otro, el canto popular de la Salve. Y ahí sí, "La Morenica" es mujer y es Soledad.

Porque ellas, las auténticas protagonistas humanas de la procesión, son las que la siguen acompañando, además de sus braceros, en un lugar tan recio donde el frío se hace cadáver, como el Cristo que pende amorosamente de sus brazos.

Una vez llegada a San Marcelo, o quizás antes, nos vamos corriendo hacia el entrañable hogar de la Iglesia del Mercado. Entrañable porque acogió a Nuestro Padre Jesús Nazareno, y sigue siendo, como parroquia vetusta legionense, la sede canónica de las Cofradías de Angustias y de Jesús, en su lugar eclesiástico de la Capilla de Santa Nonia.

Subo con mi mujer al coro. Parece que estamos en la estrechez de las catacumbas. Y, la espera ahí, a nosotros, se nos hace muy, muy larga. Continuamente nos asomamos con la absurda certeza de que no vamos a ver nada hasta que la campanilla que abre la procesión a modo de Cruz de Guía muy leonesa, entre en el templo, acompañada de la magnífica Cruz Parroquial.

Suena el himno. Aunque ahora puedan ser los acordes del Himno Nacional, la Marcha Real de Cornetas y Tambores, para mí, seguirá siendo el Himno Español que percuta suavemente mis oídos cofrades,

sea a la entrada del Paso de Nuestro Padre Jesús Nazareno o, como en este caso, el Paso de Nuestra Señora del Mercado, Antigua del Camino.

Poco a poco se van viendo los braceros que van entrando en el Templo con la mejor de las madres en la peor de las situaciones. Y es el instante, el momento por excelencia. De la espontaneidad del corazón de alguno, y generalmente de alguna, salen esos versos que compusiera un Padre Agustino: ¡Oh Virgen del Camino, Reina y Madre del pueblo leonés...!

Una vez que el paso, con un trono que desmerece, en mi opinión, a la Reina de la Semana Santa de León, cruza el inmenso altar, totalmente desmesurado, de la parroquia, para colocarse en casa, muy cerca de la auténtica morada de su hijo: el Sagrario, lo demás se conoce.



Nos fuimos a nuestra casa. El cansancio y el frío hicieron mella en nuestros cuerpos. Siempre lo he dicho. Había sido un día intenso que comenzó con la tensión ilusionante de la posible recepción de un gran regalo. Este gran regalo nos lo dio Dios hace más de veinte siglos, y en León, nos lo seguimos dando cada año sin valorar todo lo que supone un Viernes de Dolores.

Por ello, al menos para mí, comienza la nostalgia, porque llegando el Viernes de Dolores y, entrando por casa a la medianoche, siento que otra Semana Santa ha pasado.

Eso fue mi Viernes de Dolores en 2010. Y, prácticamente, todavía ni siquiera había comenzado la Semana Santa. Acabarse el Viernes de Dolores para un papón, y sobre todo en este día, un papón de acera, es de las cosas que más sentimientos contradictorios encierra. Desde la ilusión hasta la nostalgia pasando por la realidad de que todos, o, por lo menos casi todos, o al menos yo, cumplimos años el Viernes de Dolores.

Hemos cumplido un ciclo más, pero la ilusión de recibir como entrega personal otra Semana Santa se acabó... al menos, hasta el año que viene.

Sábado de Pasión

Recuerdos de Emilio Campomanes



Este día es un poco extraño. Ya es Semana Santa pero, a la vez, aún no lo es del todo. En mi caso, la mañana de este día la dedico a la intendencia, el alma de cualquier empresa. No en vano Napoleón ganaba sus campañas preparando sus pertrechos meses antes.

Ante el horizonte hay muchos días por delante, muchas horas en la calle, compromisos de todo tipo que no dejan demasiado tiempo para estas cuestiones tan prosaicas, así que no hay más remedio que planificar las próximas jornadas, mientras que, al mismo tiempo, en otros puntos de la ciudad, se afanan montadores, floristas en sus propios preparativos.

Esta mañana preparo los menús para los próximos días. En León hay buena variedad de platos de muchos tipos y mi elección va indudablemente hacia el bacalao, los potajes, las aceitunas bien maceradas, el escabeche, un queso recio... Porque en Semana Santa no todo es música y olor a incienso. También existen los sabores, y una Semana Santa no es la misma sin el gusto del pimentón en la boca.

También es el día de rescatar de los armarios los enseres *paponiles*, y en mis recuerdos están los ritos que se repiten año tras año y las impresiones al retomar prendas que acompañarán muchas horas y momentos imborrables.

Las túnicas ya han vuelto a la luz, y ahora toca acometer una particular liturgia de planchar y quitar los hilvanes (en este orden) que las han sujetado todo un año. Toca recuperar emblemas, cordones, capillos... Y en mi caso, que reconozco es un poco maniático, reclutar de los cajones guantes y calcetines del color



reglamentario utilizados el resto del año y emparejarlos; comprobar que camisas, corbatas y pantalones están en perfecto orden, planchados y listos para la vorágine. No me gustaría llevarme la desagradable sorpresa, antes de una procesión, de no encontrar



cualquier prenda indispensable o, peor aún, descubrir que está en la cesta de la colada.

Y el trabajo se incrementa si en la casa hay paponines, como es mi caso, para los que hoy reaparece mágicamente la cruz de madera, que siempre hay que recomponer tras antiguas batallas. Hay que preparar sus

camisas blancas, las pequeñas corbatitas, lo cual no lleva un tiempo extraordinario en sí mismo, sino más bien el tiempo se pasa al recrearse viendo su ropa en miniatura, ver cuánto ha crecido de un año para otro y echar los inevitables pensamientos de cómo pasa el tiempo y lo viejos que nos hacen...

Los recuerdos de esta tarde, la del año pasado y la de otros años, son ante todo de encuentro de amigos, porque aún no hay muchas procesiones, así que todavía se pueden hacer reuniones bastante grandes, con los de casa y con los muchos leoneses del "Éxodo".

Es la tarde elegida desde hace algunos años para "quedadas" de foros y grupos de correo de internautas paponiles. Leoneses que viven fuera, leoneses de segunda e incluso de tercera generación, que inexplicablemente aún tienen vivo el vínculo con esta tierra y regresan cada Semana Santa llenos de ilusión. Aunque ya ni siquiera lo hagan en Navidad o en verano: la Semana Santa es una cita ineludible en la vida de muchos que comparten sus ilusiones gracias a ese cordón umbilical que es internet, al que se agarran como tabla de naufragos muchos días del año esperando un mensaje, en busca de noticias o compartiendo vivencias con gente extraña y a la vez tan conocida.



Sí, el fenómeno es curioso de ver y aún más increíble sentirlo. Curiosos compañeros de viaje nos reunimos; algunos aparecen por primera vez y se presentan tímidamente, se pone rostro y voz a mensajes, *nicks* y toda la jerga de la Red. Se hacen grupos variopintos, que de otra forma jamás hubiera sido posible reunir, gracias a la magia de nuestra Semana que se ha extendido por la Red como una tromba...



Y así, en multitudinaria compañía, con unos que se van y otros que se incorporan al grupo, conforme se producen encuentros en la calle, nos vamos a ver los actos del día. O al menos a intentarlo. No en vano llevamos un año esperando y ya ha llegado. Así que hay que verlo todo. O intentarlo.

La primera cita ineludible es la procesión del Sacramentado. Como soy poco ceremonioso, prefiero usar los nombres populares con los que en León se conocen a las cofradías. Y aunque uno pretenda verla en silencio y con sentimiento, es imposible sustraerse a la multitud de comentarios que surgen por doquier, muchos referidos al acompañamiento musical, a la vistosidad de sus uniformes, a lo rápido o lento de la procesión....



Ya se sabe que de algo tan pasional siempre surgen opiniones y, a ser posible, diversas, para mantener en pie una buena tertulia de amigos.

La procesión siempre la recuerdo con mucho público, y casi siempre con el clima leonés en pleno rigor. A pesar de ello

merece la pena verla, porque no se parece en nada al resto de procesiones de la ciudad, tanto por sus pasos, la forma de llevarlos, su indumentaria y, sobre todo, por el cuidado acompañamiento musical.

El rigor leonés tardó en imponerse a la euforia de una nueva Semana Santa, así que vimos la procesión en varios lugares. Un sitio escogido puede ser en la plaza de San Isidoro, a la luz del frío sol primaveral y,

así de paso, escuchar a la Coral Isidoriana, que también merece la pena y mucho. Pero también la procesión se verá en la plaza de Santo Domingo, aprovechando las calles anchas, o en el León viejo, entre sus calles retorcidas, donde la música retumba en los cristales de las casucas y los pasos deben realizar maniobras imposibles.



Pero en esta tarde hay más que ver. Aún de día hay que acercarse al convento de las Carbajalas, atravesando la plaza del Grano empedrada al antiguo uso leonés, que nos va a introducir en otra época. Allí iremos al besapiés de la cofradía de la Redención y, si se tercia, acompañar con una limonada y un poco de queso.

Es necesario estirar el tiempo e ir rápidamente de un lugar a otro, que tampoco están muy alejados. Y así se puede asistir a otros actos como la admisión de hermanos de la cofradía del Santo Sepulcro, o el Triduo a Jesús Nazareno en la capilla de Santa Nonia.



Son muchas carreras, así que llegó el momento de hacer una parada y tomar algo caliente que nos permita seguir la singladura de este Sábado, porque las citas aún no han terminado.

En en barrio de san Claudio, saliendo de su iglesia parroquial, la cofradía de las Bienaventuranzas, y sigo con la denominación popular, hace su Via Crucis ya entrada la noche, con lo que es más que imprescindible la buena ropa de abrigo. Además de verla por su

barrio, merece la pena ver llegar el cortejo a su templo al son de *La Madrugá* y el cariño de sus hermanos.

El día ya va terminando, y los actos llegando a su fin, hasta el día siguiente.

Domingo de Ramos

Recuerdos de Manuel T. González Medina

De Palmas, Dainos y horquetas

¡¡Hosanna, bendito sea el que viene en nombre del Señor!! ¡¡Hosanna en las alturas!! ¡¡Hijo de David, ten misericordia de nosotros!! Los judíos aclamaron de esta manera a Jesús en su Sagrada entrada en Jerusalem, la ciudad que le vitorea y proclama Rey de Israel, la ciudad que agita palmas y ramas de olivo, la ciudad que tiende sus mejores mantos al paso del Dios Vivo, la ciudad que en apenas cinco días verá como el Mesías es condenado a una muerte de Cruz, y la ciudad que, asombrada, presenciará la Resurrección y la Vida.

Ya lo dice el refrán: Domingo de Ramos, el que no estrena algo, no tiene ni pies ni manos. Y en muchas ciudades de España es día de estreno de procesiones, el día después del letargo anual. Aquí, en nuestra Regia Ciudad, tenemos la suerte de que el Domingo de Ramos es nuestro tercer día de procesiones, y es que algo todavía tiene León, que no se pueden llevar a otro sitio...: su devoción.



La Eucaristía mañanera es difícil de escoger para los cofrades leoneses, aunque para mí, desde hace tiempo, comienza a las nueve y media en San Marcelo. Tras la bendición de palmas y ramos en el atrio de la Parroquia, se penetra en procesión al interior y es impresionante ver el lleno de las naves parroquiales, abarrotadas de fieles y de papones de las dos cofradías que allí comparten sede canónica, Santa Marta y las Siete Palabras.

Como de costumbre, el Evangelio es el relato completo de la Pasión, con tres *actores* principales, un hermano de Santa Marta, uno de las Siete Palabras y nuestro querido D. Félix, consiliario de ambas. Entre los tres logran meterte de lleno en la Semana más grande del año, y es que la unión fraterna de ambas penitenciales bajo una misma Eucaristía son tradiciones que no se debieran perder nunca.

Tras el refrigerio para el alma toca el del cuerpo; es hora de reunirme con otros hermanos para el ya tradicional desayuno de Domingo de



Ramos, y es que las ricas viandas degustadas éstos días regada por la incomparable limonada leonesa hacen que las dietas de los más proclives a coger peso pasen a un segundo plano, ¡¡ya se bajarán esos kilillos atajando procesiones y,

sobre todo, pujando, que hasta el día de hoy es el mejor gimnasio que se conoce!!

Casi con el bocado en la boca es hora de Juntas Generales, y es que la mañana de los Ramos es bien conocida en León por las Juntas de las Cofradías más señeras de la ciudad, Jesús y Angustias.



Casi es obligación decidir cual de ellas quieres seguir al completo, porque prácticamente se solapan en el tiempo, así que uno que es hermano de ambas tiene la *obligación* de escuchar lo que se *cuece* en las dos congregaciones, siendo recomendable acudir primero a la de Angustias y así, al salir de la de Jesús, te metes de lleno en la solemne bendición de palmas y ramos que el Ordinario del lugar celebra para regocijo de guajes, y no tan guajes, que en esos momentos abarrotan la plaza del Santo Marcelo, y es que Jesús ha entrado esta mañana como Rey de Reyes en Jerusalem y, al igual que en Jerusalem, Dios ha entrado como cada Domingo de Ramos en León.

El paso de la Borriquita, pujado por hermanos de las dieciséis cofradías leonesas, que poco a poco se han ido afianzando como braceros titulares de la Imagen, avanza sin remisión hacia la Santa Iglesia Catedral, destino de un cortejo cuyo Titular, sabedor de que le quedan escasas dos procesiones, bendice como cada año a miles de leoneses que, palmas en alto, aclaman al Redentor.



El resto de la plácida mañana es de obligada visita a los numerosos kioscos cofrades que las hermandades y cofradías disponen en el centro de la ciudad para la información y venta del *merchandising* semanasantero y, tras el trasiego

de unas limonadas, compartir mesa y mantel con la familia, ávida ya de las procesiones vespertinas.



La tarde comienza pronto, ya que los hermanos del Poder, a las cinco de la tarde, hora muy torera, salen a la calle con una temperatura espléndida, y van sumando tardes de Ramos sin lluvia que desluzca el cortejo.

La Cofradía en la calle va tomando forma con los años, y es preciso ver y conocer la evolución del palio, que sin contar los Apóstoles, es lo más destacado del cortejo.

Mientras los hermanos de las bocamangas de plata se van acercando al centro, no viene mal descansar un poco los pies y, al calor de un humeante café, programar el resto de la tarde-noche.

Todos los años me pasa lo mismo. Soy incapaz de decidirme por la salida del Dainos, o por la de la Redención, ya que por la proximidad de horarios, la cantidad de público que abarrota León y ser las mismas calles por las que transitan ambas procesiones, se me hace cuesta arriba tomar una decisión; pero éste dos mil diez es más fácil que otros años anteriores, y es que ver una procesión con un carrito doble y dos bebés facilita la toma de la misma. Así que nos apostamos en la Plaza del Grano para poder degustar una de las salidas más serias y con más sabor cofrade que se dan en éstos diez santos días.

Al poco de la espera, irrumpen en la plaza, ascendiendo Carbajalas cual Gólgota, los hermanos del Silencio, con su Nazareno franciscano, el Dainos, o el Ranero, como también ha sido conocido desde tiempo inmemorial, y al canto de las piadosas mujeres "Dainos Señor buena muerte, por tu Santísima Muerte..." parece como si se retrocedieran siglos y se viera una procesión de otro tiempo.



Nada más pasar el preceptivo chico vendiendo globos, señal inequívoca de que ha pasado la procesión, se ponen en *la pole* los carritos de obleas, señal inequívoca de que una Cruz de guía está a punto de aparecer, y tras unos sentidos golpes en el portón de

Carbajalas, hacen aparición, poco a poco, los hermanos de la Redención.

Solemne salida, ruido de horquetas, y los cofrades con los capillos color de la Sangre de Cristo comienzan su Estación de Penitencia. A la gran puesta en escena de la Redención, bajo mi punto de vista lo único que le sobra es la megafonía, a todas luces innecesaria para un público ya ducho en ver procesiones.



Despacio, sin prisa, se va estirando el cortejo hasta ocupar toda la calle, tres pasos a golpe de horqueta y raseo. Buena lección de puja y saber hacer la de esta joven cofradía, sin lugar a dudas uno de los referentes de la tarde-noche de Ramos en León.

Tras atajar el Húmedo por calles repletas de gente, se hace obligada nuevamente la degustación de limonada y un par de tapas, para ya poder aguantar sin problemas el resto de la noche y poder así disfrutar del Dainos bajando la calle Ancha a los sones de *Soledad Franciscana* camino del Encuentro con su Santa Madre, la Virgen de las Lágrimas de la mariana Cofradía de Angustias y Soledad.

Ejemplo de compostura dan cada año las braceras de las Lágrimas, y la presencia de la Junta de Angustias en pleno da una especial solemnidad al breve encuentro del Dainos con su Madre.

Ya los Capuchinos están cerca, ya sólo quedan unas *tiradinas*, y el Ranero habrá cumplido con su tradición un año más.



De vuelta al Húmedo, y con la Redención como única protagonista de la noche leonesa, aún quedan emociones por desgranar, siempre algún detalle nuevo, siempre un rincón distinto y sorprendente, y siempre un deseo de que no acabe nunca la noche.

Pero todo llega a su fin, y con el cansancio haciendo mella tras largas horas de sentimiento cofrade, la noche del Domingo de Ramos es ya historia. Cuando la Virgen entre de nuevo al abrigo de las monjas benedictinas, faltarán escasos minutos para que sea Lunes Santo, el comienzo de la cuenta atrás...

Lunes Santo

Recuerdos de Jorge Revenga

Lunes Santo detrás de las puertas

Alguien lo había augurado pero, como si lo que decía nos ofendiera, no quisimos escucharle. Las previsiones meteorológicas eran funestas. Hasta incluso, con estos medios tan modernos que se utilizan hoy en día, se previó que la lluvia empezaría a caer a las 20:07. Semejante estúpida, exacta y exasperante predicción, desgraciadamente se cumplió. A las puertas de Santa Nonia, primera cita obligada, cientos de leoneses se agolpaban para ver la salida de su Procesión, y las caras de decepción y los paraguas abiertos nos indicaron que todo había sido consumado con la misma rapidez que las generosas gotas de lluvia que caían desde un cielo casi del mismo color que las túnicas de los hermanos de las tres centenarias cofradías.



Sin embargo, para los que estábamos dentro, nos aguardaban momentos nunca vividos hasta ese instante. Con una Santa Nonia en la que no cabía un alma, con más de trescientos braceros y suplentes ansiosos por elevar al hombro las imágenes, se tomó una decisión sin duda loable: la procesión se queda en casa.



A pesar de la decepción inicial, y tras rezar en recuerdo de quienes nos han precedido, la Agrupación Musical de Angustias hizo que los tres pasos se elevaran para rasear en el sitio, siendo mecidos, casi abrazados, como si la procesión estuviera discurriendo por las calles, hasta conseguir arrancar alguna lágrima y para, al fin y al cabo, homenajear a Cristo y a su Madre, que se quedaron este año detrás

de las puertas sin saludar a esta ciudad que cada Lunes Santo les espera en las aceras con los ojos como platos saboreando, al fin y al cabo, una procesión que llena de incienso, música pasional y tradición la ciudad.



Lo mismo hicieron la Banda Cornetas y Tambores de Minerva y la Agrupación Musical de Jesús. Sus notas elevaron los tres pasos al unísono para, de alguna forma, paliar el ansia de los papones de venerar, sobre sus hombros, tres de las imágenes más emblemáticas de nuestra Semana Santa.

Con un León escondido en las casas, era difícil prever que, sin embargo, los papones, de unas y otras cofradías, habían improvisado sus actos al abrigo de las distintas iglesias y conventos. Hubo que correr, lo reconozco. Con la última nota de la Marcha Real atajamos las calles en busca de la Redención. La plaza del Grano presentaba un aspecto inhabitual a esas horas. Sólo encontramos un empedrado mojado y triste.



A la puerta de la Carbajalas, una nota escrita con una mano temblona y rápida, avisaba a los escasos curiosos que la Redención estaba celebrando su Via Crucis en el Claustro. Reconozco que se me aceleró el corazón.

Al llegar al Grano pensé que nos quedábamos sin orar ante el Cristo de el Redención y sin saborear las formas, sonidos y maneras del pasado. Afortunadamente no fue así. Aun más, detrás de las puertas, el Via Crucis fue un momento mágico, callado, distinto, sentido, amable, como soñado.



Alrededor del propio claustro, la talla abrazada por los hermanos discurría más lentamente aún. Cada golpe de carraca que se



escuchaba parecía que estaba anunciando el desgarramiento del velo del templo. Las oraciones retumbaban rompiendo un silencio muy especial que llenaba el acto de espiritualidad.

Lo reconozco. No pude cumplir la promesa -que se compone de dos compromisos- que hice cuando me encargué de relatar el Lunes Santo de 2010 para

La Horqueta: no salir en ninguna procesión y ver todas las del día -para poder narrarlas-.

La coincidencia en los horarios tras la copiosa lluvia y la ausencia del don de la ubicuidad, me hicieron perder -si quiera fuera por unos instantes- un Rosario de Pasión que hubo de celebrarse también en un San Marcelo que había estado esperando hasta última hora el discurso de los papones de Santa Marta.



No pudo ser. Parecía que el Lunes las calles iban a estar vacías toda la noche. Y, sin embargo, la recoleta procesión de La Adoración de las Llagas consiguió salir de unas Concepciones casi vacías, y hacer su recorrido habitual con una luna casi llena derrochando luz, y con el cielo absolutamente despejado. Caprichos de la primavera.



El meteoro que había echado a la carrera a casi todos para sus casas, hizo que *Las Llagas* pudieran saborearse de una forma mucho más cercana. Parecía que la calle era de los hermanos. Los pocos curiosos ni siquiera entrábamos en el decorado. Sobrábamos. Lo reconozco.

Por las arterias del Húmedo los sonidos y silencios nos trasladaban a un tiempo remoto en el que la ciudad era mucho más abarcable que la actual, en la que no había coches,

teléfonos móviles y sobre todo, prisas y carreras por hacer las cosas no se sabe muy bien con qué rumbo.



Después de todo, y a pesar de la tristeza inicial, el Lunes Santo se convirtió en mágico. Y es que un atajador nunca debe darse por vencido. Debe ser paciente, buscar los lugares, los instantes y si no, inventarlos. Siempre hay una sensación escondida a la espera de los enamorados de la Semana Santa. Dios me libre de alabar la lluvia. Pero doy gracias a Dios por los momentos que pudimos vivir en ese lunes distinto.

Para finalizar, las Concepciones abrieron de par en par sus puertas y esperaban anhelantes -detrás de la rejas, guardando su clausura- a un grupo San Pedro del Castro que quizás puso su mejor broche de oro a una noche de Semana Santa muy especial y diferente en la que las puertas de las iglesias se convirtieron, sin desearlo, en las protagonistas de una noche de primavera.

Tras decir adiós a un Cristo Esperanza de la Vida que parecía más arropado que nunca por numerosos hermanos, los atajadores nos fuimos a guardar para siempre muchos recuerdos. Al fin y al cabo, sólo algunos -como éstos- se pueden contar. Los otros, pido perdón de antemano, nunca deberán ser desvelados.



Amén.

Martes Santo

Recuerdos de Antonio Alonso Morán

Martes de Perdón

Son las dos de la mañana del día 31 de marzo de 2010, Miércoles Santo. Acabo de llegar a casa; ayer ha sido un día intenso, un día de sensaciones encontradas, un Martes Santo atípico.

Voy al despacho, saco mi cuaderno de notas y empiezo anotar todo lo que me ha pasado. Hace unas horas, Xuasús me ha hecho el encargo de escribir para Recuerdos 2010 sobre el Martes Santo. El sueño y el cansancio van haciendo estragos, pero según van brotando las palabras sobre el papel, poco a poco me voy sobreponiendo al agotamiento.

Ayer Martes, el día comenzó más tarde que de costumbre. Son las 10 de la mañana cuando me levanto de la cama. En el desayuno hojeo una de las muchas revistas de Semana Santa que he ido recopilando estos días, hojeo porque no leo, ya que la lectura más pormenorizada la realizaré después de esta Semana, ya más descansado y con más tiempo.



10:45 A.M.

(faltan 8 horas para que salga la primera procesión)

Acabo de desayunar y me preparo para salir. Voy a buscar a mi hermano, y nos dirigimos hacia Santa Nonia y al Asilo de las Hermanitas de los Desamparados para ver el montaje y el adorno de los pasos que van a salir en procesión por la tarde.

En los dos lugares, una misma panorámica: grupos de montaje de un lado para otro dando los últimos detalles a los tronos, imágenes... Todo tiene que salir a la perfección: hoy es el día.

El tiempo pasa sin darme cuenta; tengo que apresurarme para ir a comer, ya que por la tarde tengo que estar a primera hora en los

estudios de Televisión Castilla y León para el comentario de los actos de la cofradía de la Redención.

04:00 P.M.

(faltan 2 horas y 45 minutos para que salga la primera procesión)

Estoy en los estudios de grabación de Televisión Castilla y León. Me encuentro con representantes de otras cofradías, el ambiente es distendido, pero triste, ya que la gran mayoría tuvimos que suspender los actos de ayer debido a las inclemencias del tiempo o, mejor dicho, tuvimos que modificar los actos y realizarlos en el interior de nuestros templos.

Me toca pasar a la grabación del programa, las imágenes del Via Crucis aparecen en el monitor, y comienzo a desgranar los pormenores del acto, el cual fue el último que he realizado como miembro de la Junta de Gobierno.

Esto me entristece, pero por otra parte estoy satisfecho. Toda la labor realizada en estos últimos años ha merecido la pena; lástima que mis compañeros de Junta no entiendan o no quieran entender mi forma de ver la Cofradía.

05:00 P.M.

(falta 1 hora y 45 minutos para el inicio de la procesión)

Apresurado, me monto en el coche; tengo que cruzar León antes de que corten el tráfico, encontrar sitio para aparcar y llegar a tiempo de poder ver la salida de la procesión.

06:45 P.M.

(salida de la Procesión del Santo Cristo del Perdón)



Como todos los años, estoy enfrente de la puerta del convento de los Capuchinos. El guión de la cofradía del Perdón empieza a pasar por delante de nosotros. Desde que esta penitencial comienza su cortejo desde la calle Corredera, siempre lo he visto en el mismo sitio.

Papones de marrón franciscano con sus farolillos rojos procesionan en busca del perdón en dirección al viejo León. En el Locus Apellationis, junto a la Virgen Blanca, unos hallarán el perdón espiritual, y otros, el final de una larga condena. La labor realizada es digna de todo elogio, ya que lo más difícil de esta vida es pedir perdón y perdonar, olvidando todo tipo de rencores.

07:45 P.M.

(faltan 15 minutos para la salida de la Procesión del Dolor de Nuestra Madre y 1 hora y 15 minutos para el acto del Perdón)

Diseminada la gente de la calle Corredera, muchos caminan hacia la Catedral y otros hacia Santa Nonia. La calle queda vacía; de nuevo soledad, mis pensamientos y yo, mis sensaciones y yo...

08:00 P.M.

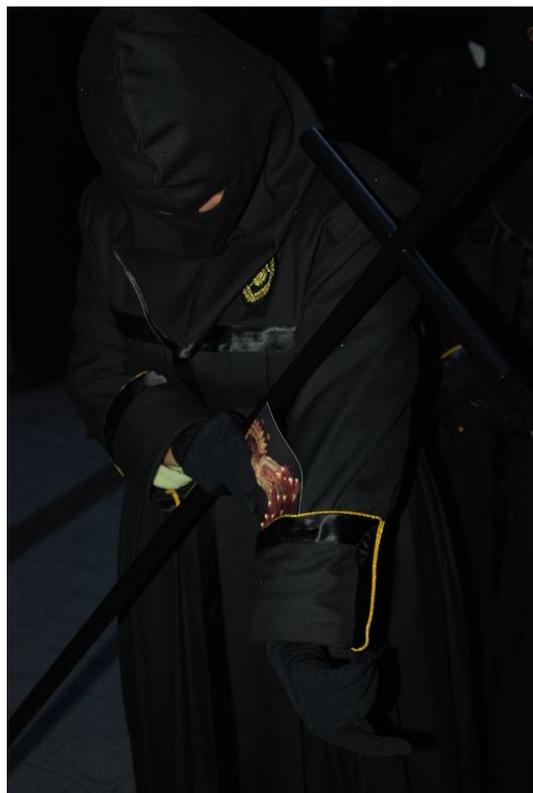
(salida de la Procesión del Dolor de Nuestra Madre, falta tan sólo 1 hora para el acto del Perdón)

Puerta del Conservatorio de Música, gente por todos los lados, no cabe ni un alma más, papones y paponas de negro y oro por todos los sitios. Me sitúo en la última fila del público asistente.

Miro a derecha e izquierda: nadie conocido, por ahora. Observo la cara de la gente, hay expresiones para todos los gustos. Vuelvo a mirar. En medio de la calle hay un padre con un paponín esperando incorporarse a la procesión.

El niño cuenta aproximadamente con dos años de edad, lleva en su mano derecha una cruz de madera y, puesto sobre la cabeza, el capillo, pero levantado para que no pierda detalle de la salida de la procesión.

El padre le alza en brazos para que pueda ver sin ningún impedimento ese momento. ¡Qué cara!, ¡qué ojos de ilusión! No parpadea, no pierde detalle; seguro que estas imágenes no las olvidará en la vida.



Sigo divisando la panorámica de la salida. Los primeros sonidos broncos de los tambores hacen que mi cuerpo se estremezca; mi cabeza es un hervidero de sensaciones, pensamientos, emociones...



Guión, pendoneta, banderas, empiezan a pasar poco a poco. Mi mente se va a finales del siglo XVI, y me imagino la primera salida procesional desde el Convento de Santo Domingo. Quién les iba a decir a nuestros antepasados que 432 años después la penitencial seguiría existiendo y, además, organizando una procesión mariana.

Mi Virgen de las Lágrimas sale por la puerta de Santa Nonia. Qué dolor en su rostro, dolor de una Madre que va a perder a su Hijo. Sus braceras mecen con suavidad a la Reina Madre. Diecisiete años han pasado desde su primera salida procesional; sólo diecisiete, pero parece tanto, qué recuerdos...

El paso, poco a poco, se acerca a mi posición. Qué braceras; da gusto como llevan el paso. Va todo medido, ni un bote, ni un mal paso, todo va acompañado como si de una maquinaria se tratara. Cada bracera sabe lo que tiene que hacer, y cuando lo tienen que hacer... Pasan, y mi mirada se fija de nuevo en Santa Nonia.



La Virgen de las Angustias se acerca al quicio de la puerta. Himno nacional, honores de Reina. Con paso cadencioso y sublime, los braceros la van llevando. Los sonidos de las agrupaciones y bandas hacen que el corazón se acelere; la emoción es indescriptible, ¡qué dulzura tiene esta Piedad!, ¡qué serenidad!

Mi mirada va bajando hacia el trono, este año restaurado. Qué caprichoso es el destino: este trono fue realizado por un gran escultor como fue Víctor de los Ríos, y el bajo trono lo realizó hace unos años un tallista, que se encontraba en tercer grado penitenciario y al que la Cofradía se lo encargó para que se reintegrara de nuevo en la sociedad.

Hace 432 años, la cofradía fue fundada por un grupo de insignes escultores, y uno de sus principales fines era dar una comida a los pobres presos de la cárcel en las tres Pascuas del año. Me gratifica que la penitencial decana de León siga manteniendo sus esencias, adaptándolas a los tiempos que les toca vivir.

De nuevo el Himno Nacional; me sobresalta. Nuestra Señora de la Soledad está ya en la calle. Sobrecogedor. La luz de la cera alumbrando la tristeza de una Madre que ha perdido a su Hijo. Nuestra Señora de la Soledad camina en soledad, sin nadie que la consuele. Sólo sus recuerdos, recuerdos de los buenos momentos al lado de su vástago al que dio la vida, y al que se la acaban de quitar injustamente en el madero.

Nuestra Señora, poco a poco, se va acercando hacia donde estoy. Mil y una imágenes van pasando por mi cabeza: recuerdos de mi etapa en el grupo de montaje, cuántas horas limpiando la plata del trono, los varaes...; la primera vez que tuve el honor de poder pujar a mi Soledad, gracias a



Tori y a One, que me dejaron procesionar un Martes Santo; mi distanciamiento de la Cofradía; las lágrimas en el archivo cuando encontré la Regla Fundacional; los nervios de la publicación; y las satisfacciones que he tenido.

Gracias a mi Virgen de la Soledad.

Pasa la Soledad, termina la procesión y me dirijo a Santa Nonia. Un montador de Jesús me permite entrar en la capilla. Yo solo en el templo, frente al Nazareno. Después de todo, la amalgama de colores, sonidos y sensaciones, un sólo color, el morado, de la túnica

del Nazareno. Ni un sonido, sólo silencio, y una sensación, dolor por la incomprensión, el egoísmo y la envidia del ser humano, en tiempos de Jesucristo y en la actualidad

09:00 P.M.

**(se está celebrando el acto del Perdón,
faltan 4 horas para que finalice la procesión homónima)**

Abandono Santa Nonia, y es momento de dirigirme a ver de nuevo al Perdón. Pero antes hay que coger fuerzas y sobreponerse al frío leonés. De camino a un café me encuentro con un grupo de entusiastas papones que, como yo, acaban de ver el paso de la procesión.



Me preguntan hacia dónde me dirijo, y se vienen conmigo a tomar un buen café caliente. La entrada de la cafetería está plagada de carteles de la Semana Santa leonesa, lo que nos da pie a tener un amigable debate sobre la función de los carteles, de su calidad... El debate hace que acabemos hablando de

muchos aspectos de las cofradías. En conclusión, como se dice coloquialmente, acabamos arreglando la Semana Santa leonesa.

00:00 A.M.

**(la procesión del Perdón debe de estar en la calle Astorga,
se aproxima ya a su barrio)**

Pago la cuenta, me despido de mis amigos y emprendo camino hacia el barrio de La Vega. Por el camino voy recordando la tertulia que durante tres horas he tenido.

Cómo disfruto hablando con esta gente. Hay pocos locos enamorados de la Semana Santa, pero estos pocos son los motores de la Semana Santa leonesa. Son personas que están todo el año hablando de la Semana Mayor, trabajando por la Semana Mayor...

Miro el reloj, son las doce ya pasadas, estamos ya en Miércoles Santo.

01:00 A.M.
(todo se ha consumado)

Llego a la parroquia de San Francisco de la Vega. La procesión está a punto de llegar, ya se oyen los sonidos desgarrantes de los clarines. Desde que hace unos años participé en esta procesión como representación, me gusta venir a ver el final de la misma. Pienso que es uno de los momentos desconocidos de la Semana Santa leonesa, así que desde estos Recuerdos quiero animar a los papones que no lo conozcan a que vayan a verlo.

De la llegada no comentaré el acto del Encuentro, ya que no tengo una opinión muy favorable de determinados aspectos. Donde quiero hacer hincapié es en el valor humano de esta cofradía y de este barrio.

Cuando llega la procesión al barrio de La Vega, todos los vecinos, sin excepción, están esperando a su Cristo, a su Cristo del Perdón. La calle de la iglesia está abarrotada; es la una de la mañana de un día laborable, pero el barrio ferroviario está esperando a su Cristo, a sus papones, y al preso que ha sido liberado.



Las sensaciones son indescriptibles. Ver las caras de los niños, de las personas mayores, todos con ojos humedecidos de la emoción.

Otro año ha pasado. Faltan todavía 365 días para volver a ver por las calles del viejo León al Cristo del Perdón. 365 días de alegrías, de penas, de buenos y malos momentos, de estrés, de preocupaciones... Un nudo en la garganta no me deja tragar saliva. Me cuesta contener las lágrimas; no tengo palabras para seguir describiendo este momento...

Son las dos de la mañana del día 31 de marzo de 2010, Miércoles Santo. Acabo de llegar a casa; ayer ha sido un día intenso, un día de sensaciones encontradas, un Martes Santo atípico...

02:00 A.M.
(faltan 18 horas para la próxima procesión)

Miércoles Santo

Recuerdos de Miguel Ángel Zamora*

Gaudí pateó a un periodista en plena procesión

Es medianoche. Esa extraña hora en la que el calendario y el reloj deciden que ha comenzado un nuevo día, y no a las ocho de la mañana, como hace todo el mundo que es capaz de madrugar y no acumula ya a estas alturas de la Semana Santa cinco días de trabajo intenso.

Pues eso. Que es medianoche. El hermano paponín aspirante a suplente no quiere dormir. Han sido muchas emociones. Acaba de debutar pocas horas antes en la Semana Santa, osito en ristre, vestidos los dos (los tres si incluimos a mamá, los cuatro contando con el que suscribe) de rigurosa túnica de Angustias y Soledad, pero ahora toca dormir y a esta hora de la noche, las emociones se agolpan. Pasarán 24 años (o más) y la imagen seguirá viva en la retina. La procesión del Dolor de Nuestra Madre forma parte del Recuerdo que antecedia a este y no es objeto de comentario. Pero cuesta tanto sustraerse a la primera presencia en una procesión de un canijito de seis meses...



Miércoles Santo amanecido ya, toca ponerse a la labor. Por delante hay un largo puente para los no practicantes, y el buen nombre de Diario de León exige que la paginación y la maquetación del especial de Semana Santa estén organizados ya para todo lo que queda hasta el Domingo de Ramos. En una sola mañana hay que programar otros cinco días, que por la tarde toca turno intensivo de procesiones.

Un gráfico por aquí, dos fotos por allá, la literatura ejemplarizante de Jorge Revenga que debe cuadrar para que la prosa no desmerezca el verso, el consejo siempre amable del Hermano Motorines (a la espera de las dos limonadas que hay en deuda con él) y la paciencia infinita de Juan Lesmes, Hermano Escaparates, que aguarda sin prisas.

* Escritos a 24 de abril de 2010, justo un año antes del próximo Domingo de Resurrección.



A la hora de comer, el estómago tiene un nudo que no hay San Cucufato que lo deshaga. Se mezcla de una parte el cansancio andante y de otra la tensión de los detalles que todavía quedan por resolver. Y una pizca de insatisfacción picante: anteayer se escapó un pie de foto por donde no debía y esas cosas duelen todavía 48 horas después. Para que no pase lo mismo de nuevo, toda atención es poca, pero aún así...

Cuesta conciliar el sueño en el sofá a la hora de la sobremesa. En realidad es imposible. Recorridos por aquí, calculadora por allá para determinar de qué forma hacer la tarde con el objetivo de llegar a todo aunque luego casi sea para nada, porque tantas emociones recorren la tarde

del Miércoles Santo que resumirlas en párrafos resulta labor casi imposible. Pero...

La tarde empieza con disgusto. La procesión del Silencio en Los Capuchinos parece el punto de partida más adecuado para la jornada, pero se muere un mito. Todo el fervor y el misticismo que ponen los hermanos de La Expiración en guardar de los ruidos su cortejo pasional, muere a los efectos de la inconsciencia. Dentro del templo suenan dos móviles, en la calle hay gritos en las conversaciones para comentar las trascendentalísimas ofertas de la compra del supermercado, y así no hay magia que aguante. Otro año será...



Rumbo a la Plaza del Grano, Minerva y Vera Cruz ha decidido que, para una procesión que va a disfrutar este año, es mejor prolongarla. Y con las mismas, salen 24 minutos tarde. Si es que...

Llovió a media tarde, pero lo justo para no enturbiar el desarrollo de la jornada. La obligación manda y no hay tiempo de quedarse a presenciar más que lo justo los primeros acordes de la salida.



Camino de la esquina de la Diputación con Calle Ancha, el punto habitual que el firmante elige para presenciar el paso de las hermanas de La Agonía, se produce el milagro. Antonio Gaudí sigue con la mirada fija en otra parte el desarrollo de la procesión, pero no acepta que se le interpongan intrusos. Y cuando el periodista se coloca de tal forma que le tapa el sonido de los ecos de la marcha, el genial arquitecto catalán de Botines, se levanta de su banco y propina una patada espectacular en plena tibia al cronista. Un boquete de dos centímetros de diámetro, escozor para quince días y un rastro de

sangre que sólo se cura con agua oxigenada al llegar a casa. Y quien quiera que diga que fue producto de un simple tropezón contra el banco, miente. Por Dios que Don Antonio se levantó y pateó al redactor. Jurar en vano es pecado en Semana Santa. Por eso el aserto gana credibilidad.

Con heridas de guerra, llega la hora de la cena, para recobrar fuerzas antes de iniciar la redacción de la jornada semanasantera, ahora que el programa del día ya sólo guarda un acto último pero entrañable: la Ronda Lírico Pasional Luis Pastrana. En Santa Marina se hace silencio, lucen las antorchas, suenan carracas, matracas y demás y de un patio de colegio sale ataviado con capa el mejor alumno que ha doctorado la Semana Santa de León: Jorge Revenga. Es media noche y comienza la alocución. Se ha hecho Jueves Santo como quien no quiere la cosa y aún de noche, ya es Día del Amor Fraternal. Perro esa parte del cuento, viene en la siguiente viñeta...



Jueves Santo

Recuerdos de Javier Casas Anel

Esta tarde ha sido especial. El sol ha brillado poco y la primavera ha vuelto a esconderse, para hurtarnos, como suele ser habitual, una



Semana Grande de mucha bulla. Escribo mi crónica desde la trinchera de una Madrugá deslucida, intentando seguir las procesiones de Málaga y Sevilla a través de internet, pero la conexión es mala y me desespero.

Mañana no sé si saldré. Anuncian chubascos intensos, pero ese no es el motivo. En el fondo, deseo que diluvie. Me temo que busco una

coartada que me libere de este cargo de conciencia. Por primera vez no siento emoción alguna por acompañar a mi Señor de los Balderas, por vestirme esa túnica roja que cuelga de una percha frente a mi ordenador.

A estas horas, hace años no habría podido escribir ni una palabra por culpa de los nervios. Habría sido un Jueves Santo normal, como siempre, como todos los Jueves Santo: la visita obligada a Santa Nonia, el sonido hueco de las horquetas golpeando el atrio de la capilla, el aroma limpio de las flores. Nunca hubo horarios en Jueves Santo. Desde la víspera hasta el Domingo de Pascua bien entrada la tarde, la casa de mi madre era un ir y venir de ilusiones, de esfuerzos que ahora se me antojan inútiles.

Amaba esa túnica...





Amaba este momento de la madrugada, cuando dormía a trompicones. A las seis, o antes, salía con mis hermanos: hace muchos años (cuando éramos pocos) al Seminario Mayor, donde nuestro Sagrado Titular acumulaba polvo indecentemente tirado en una galería; tiempo después, a una nave junto a la Ronda Este, a un guardamuebles en Nava, al Mercado de Ganados. De esto no saben nada muchos de los que hace unos días ganaron las elecciones entre algarabías y confeti. Aunque, sinceramente, me importa bien poco.

Hoy no ha sido un Jueves Santo normal. No he salido a buscar procesiones por las calles, ni a la "saca" de Jesús. He sido un turista despistado con un programa equivocado en una ciudad desconocida. Me he dejado guiar por la desilusión, encontrándome por casualidad con esta o aquella cofradía. He salido "a ver qué vemos". No he pretendido esquinas de capillita, ni encuadres que resistan el paso del tiempo, ni emociones adheridas a la piedra de los palacios. No he buscado el sonido de los raseos, ni el tintineo de los palios. He retratado un Jueves Santo fugaz, lleno de



despistes, de refilones: la Bienaventuranza doblando la esquina del Parque de San Francisco, la procesión de la Despedida al pasar por la Plaza de Regla, donde he fotografiado a la Virgen del Gran Poder, *melchoriana*, pálida, esbelta, como la catedral saturada por la luz y el desenfoque de mi Lomo. Con prisa, y a la inversa, he recorrido la procesión de María al Pie de la Cruz, sin apenas detenerme ante el balanceo suave de su Palio.

Tampoco he saboreado, como otras veces, las dulces visitas al Sacramento, única Verdad sublime de esta tarde. He vagado ausente de Monumento en Monumento,

como si las monjas hubieran enmudecido y los portones de las iglesias se hubieran cerrado de golpe ante la dureza de mi alma.

Finalmente, he salido al encuentro, esta vez sí, de la Sagrada Cena a su paso por la Gran Vía. Hacía frío (puede incluso que lloviera, no estoy seguro), pero me he detenido embelesado a escuchar a la Agrupación Musical. Sólo una marcha, deliciosa, impecable. Luego, más atrás, el Paso con mayúsculas, el culmen de nuestra imaginaria

papona. No ha sido el mejor rincón, ni el escenario más adecuado, pero por un momento, contemplando la figura del Maestro, lo he imaginado meciéndose lento sobre los



hombros de doscientos, de trescientos hombres de trono, que suben al Señor por la calle Ancha. Sólo esa imagen valdría por todo el Jueves Santo. Sólo la Cena y su Agrupación Musical; sólo el Señor, La Saeta... mientras llueven los pétalos y se escapan jaculatorias de los labios, también de los labios podridos de los prepotentes, de los advenedizos, de los hipócritas.

Levanto de nuevo la vista hacia la túnica roja que con tanto orgullo he vestido desde 1980. Aquel año, el paso de la Soledad con sus bombillas de vela, fue cartel anunciador de la Semana Santa de León. El de este año 2010 soy incapaz de recordarlo y eso que aún es Jueves Santo.

-¡Levantaos, hermanitos...! -acabo de escuchar a la Ronda.

Mañana no sé si saldré.

Hoy no me siento papón.

Viernes Santo

Recuerdos de Rafael Casas Anel

Me disculparán, espero, que arranque con un tópico: Primera Estación, Jesús es condenado a muerte. Cero horas. Intento ver la intervención inaugural de la Ronda en un canal de televisión local. Pero la cháchara continua e insubstancial de los presentadores pronto me aburre, y el mando a distancia me lleva a Televisión de Andalucía, justo a tiempo de presenciar la salida de La Sentencia. Nueve figuras, doradísimo trono –o como allá lo llamen–, impresionante, solemnidad extrema, profusión de plumajes, ausencia de flores, veinte minutos para recorrer los escasos metros entre la puerta de la basílica y el



arco de la Macarena. La comparación es automática, la reflexión inevitable: nada que copiar, mucho que aprender. O viceversa. Pasa el tiempo lento al pasito de los costaleros, y poco a poco se marcha, camino de la Catedral, el misterio que representa la condena de Dios a manos de los hombres.

Minutos antes había yo –a veces más Pilato que Judas, en ocasiones Pedro y en otras Tomás, casi nunca Juan– condenado, tal vez injustamente, a un grupo de forasteros adolescentes, alojado por una noche en la habitualmente vacía vivienda de al lado de la mía con el fin de acompañar al cadáver de Genarín en su reiterado entierro. Les había pronosticado algo más que palabras si a la vuelta de su fúnebre botellón multitudinario se les ocurría permitirse la más mínima licencia en cuanto a turbar la paz de los durmientes se refiere. No les oí llegar: o mi juicio fue injusto, o la amenaza eficaz vacuna. O no habían regresado aún cuando salí a ver la procesión de los Pasos.

Una y cuarenta y siete minutos. Segunda Estación: mi hijo mayor vomita por enésima vez. Se pone perdido, empapa las sábanas. Y ni siquiera se despierta de su sueño inquieto. Está agotado. Con sus cuatro años, se ha pasado toda la tarde viendo procesiones, y aun pretende madrugar para contemplar la de los Pasos. Y vestirse luego de rojo-negro-blanco para salir en la suya, en la mía, en la de las Siete Palabras. Debe de estar nervioso, y cuando está nervioso

frecuentemente vomita. Y cuando no, también. Qué cruz. La suya. Y la de quienes han de reparar el estropicio, y limpiar el desperdicio. Cruz pequeña, casera, no obstante, al lado de la que veremos desfilar, multiplicada en tantas representaciones, desde primera hora de la madrugada.

Levantaos, hermanitos de Jesús... Pero no me levanté a tiempo. Me la perdí. La madrugada negra. Me perdí esos momentos, al alba, cuando todas las calles de León presencian el paso apresurado de miles de figuras negras, dirigiéndose a Santa Nonia. Las encontré mucho después, caminando no ya apresurada, sino cadenciosamente, por Cardenal Landázuri. Llevaban retraso, creo.



Me dio tiempo de entrar a visitar a Jesús Sacramentado en las Clarisas, el segundo de los Cuatro Conventos que se incluyen en la ruta de la gran procesión. O se incluían, porque uno de ellos ha tiempo que no existe.

Quería llevar al crío, pero no pudo ser. Todavía dormía, y no quise despertarlo. Pobre. Van llegando otros miembros de mi familia: madre, hermanos, sobrinas. Así acostumbra ser: de manera más o menos espontánea, la mañana de Viernes Santo suele congregarnos en esa sosegada calle del barrio de Santa Marina.

Suena la esquila, el clarín, el tambor. Aparece la Oración. ¿Viene en silencio? No, pero hasta rebasar las Clarisas sólo lo acompaña el repiqueteo quedo de las cajas chinas. Piano. Al paso de Los Pasos, se van desgranando las demás estaciones de mi vía crucis particular. Como siempre, todos me emocionan. Pero la Coronación de Espinas me sobrecoge, y me siento una vez más retratado en las muecas crueles y burlonas de los sayones. Sobre su trono dorado, Nuestro Padre Jesús Nazareno, con su gesto de paciencia infinita en el divino rostro de madera hecha carne, me estremece. Y al llegar la Virgen Dolorosa, me tengo que tragar las lágrimas. ¡Pena Bonita! No hay dolor como tu dolor, y me parece que estás aún más bonita con ese vestido negro que el abad, con excelente criterio, ha querido que te pongan. Y me pregunto: ¿tendrá el luto riguroso más razón que la que corresponde al día? Tal vez: se me ocurren unos cuantos motivos.

Vuelvo a casa. Felicito a mi niño pequeño, que hoy cumple dos años. ¡Papón! ¡Papón!, grita mientras aporrea un tambor. Entre su madre y yo vestimos al otro, al mayor. De nuevo a la calle. Vamos a ver a “los negros”, ¿no? Pues no: contra todo pronóstico, no quiere, se le han pasado las ganas. Le domina la impaciencia, el ansia de presentarse en casa de su abuela para enfundarse el disfraz –no, el traje, corríge- de su propia cofradía. Todavía faltan más de cinco horas para su procesión.

Decimotercera Estación. A la hora de sexta, el cielo quiere participar en la tragedia y emular al de aquel Viernes del mes de Nissan del año treinta y tres. Con mis arreos rojo-blanco-negros llego a la plaza de San Marcelo cuando se desencadena la tempestad. Me dirijo a mi puesto bajo el Cristo de los Balderas. Hay que volver a guarecer bajo la carpa o pabellón los demás pasos, ya dispuestos afuera, en orden de procesión. En unos minutos la inmensa tienda de campaña está atestada de pasos y papones cariacontecidos. Afuera llueve con furia.

El abad está dentro de la iglesia, en el Sermón, probablemente ajeno al copioso llanto de las nubes. Alguien se acerca con la noticia. Consternación. Mi teléfono móvil recibe una llamada. Es mi hermana, que aguarda con los niños, todos vestidos de papón, en el portal de casa, mirando incrédulos cómo afuera se desploman las aguas superiores. ¿Saldremos? No se sabe. ¿Están parlamentando (la Junta de Gobierno)? Así no hay nada que parlamentar. Habrá que esperar...



Son las seis y cinco minutos de la tarde. El abad entra en la carpa. Brilla tímidamente el sol a través del umbral, la lluvia va cejando en su ira. El Entierro ha salido, afirma alguien a mi lado. El abad toma la palabra. Se escucha la temida orden: se suspende la procesión. ¿Decisión precipitada?, me cuestiono. Aviso a mi hermana; en el portal de casa, los niños se enfurecen.

Y en la carpa ocurre algo que no puede dejarme indiferente. Siempre he sospechado que todos los braceros, o muchos, lloran bajo el capirote. Pero hoy lo hacen a cara descubierta, braceros y hermanos con diversas funciones. Personas adultas, hechas y derechas, que no se avergüenzan de las lágrimas que ruedan por sus mejillas. Veo llorar a gente que tengo por dura, igual que ellos me verán a mí

hacer lo propio. Y pienso que esas lágrimas tienen que tener algún valor.

Decimocuarta Estación: la Cofradía de Angustias no consigue dar sepultura al cuerpo de Jesús, y, acosada por una nueva y furibunda tormenta de agua y granizo, se ve obligada a disolver la procesión oficial del Santo Entierro e improvisar (desnúdese esta palabra de cualquier sentido peyorativo) una azarosa retirada desde casi la mitad de su recorrido.



La obligación que me he impuesto de relatar mis impresiones de este Viernes Santo me lanza otra vez a la calle. Me siento un poco como un sucio paparazzo sin cámara a la caza de despojos. Chubascos intercadentes puntean mi trayecto hacia quién sabe dónde.

Paponas de Angustias de recogida, con la túnica chorreando, me cuentan el precipitado final. Los pasos regresan por donde pueden, los primeros por rutas alternativas de evacuación, los últimos marcha atrás. Y los últimos llegan a Santa Nonia los primeros... Veo la Lanzada entrando en ordinaria. Y poco después al Santo Cristo Crucificado con su trono de caoba y plata, majestuoso, a ritmo de marcha procesional, pero a paso largo y doble, sin perder ni el tiempo ni la dignidad. Y me arranco en un aplauso a Cristo y a sus braceros que el público secunda con calor. Se acabó. Se acabó la procesión del Santo Entierro. Se acabó el Viernes Santo. Lo lamento profundamente. Pero, mientras me retiro, no puedo dejar de reconocer el doloroso e indudable acierto que, por parte del abad, supuso suspender la de las Siete Palabras.

Decimoquinta Estación. Como la nueva versión del ejercicio piadoso, este Viernes Santo comprende quince estaciones. Y la última, la extraordinaria, tiene lugar veinticuatro horas después. Con inmensa generosidad, la Hermandad de Jesús Divino Obrero quiso que el recientemente rubricado hermanamiento con la Cofradía de las Siete Palabras trascendiera el mero papel, y la invitó a desfilarse con su Titular en su cortejo de la Soledad. Pero esto es ya Sábado Santo, y tendrá otro cronista que lo cuente. Sólo añadir –y creo hablar por todos mis Hermanos– la intensa emoción que me produjo pujar mi paso en semejante entorno y observar desde detrás de mi capillo cómo el gentío –paponas de acera– contemplaba embelesado, delante de la Catedral, a mi Señor de los Balderas.

Sábado Santo

Recuerdos de Gonzalo F. González-Cayón



Amaneció de la forma que nunca queremos ver los papones leoneses. Quizás el desastre de Angustias, el día anterior, estaba presente, aún, en mis retinas y hasta en mi corazón. Una inquina nada habitual hacía que me mordiera los labios, y hasta los propios dientes para contener la rabia, impotencia y desasosiego que reinaban en mis entrañas.

Pero ya no debería pensar en la catástrofe, que por otro lado las Siete Palabras evitó, con una decisión bien asesorada y muy diligente; y debería actuar en positivo y buscar las soluciones que paliaran el desaguisado.

Pero, por otro lado, me encontraba ante un nuevo día de nuestra querida Semana Santa, aunque con no muy buenas señales climáticas iniciales, que fueron cambiando totalmente, de tal forma que sobre las tres de la tarde parecía que las procesiones del día podrían realizar su peregrinar de una forma normal.

Quise vivir este Sábado Santo viendo las tres procesiones del día, desde una óptica general y popular, pero pudiendo aportar una visión particular con mi presencia en un punto neurálgico en cada una de ellas.

Era media tarde, y tuve mi primer contacto con las cofradías, oyendo en la lejanía los tambores que anunciaban que el Santo Cristo del Desenclavo estaba llegando a San Isidoro. Todo hacía presagiar que el popular acto del Desenclavo de Cristo se podría realizar



después de varios años en los que esta penitencial tuviera que suspenderlo por la inclemencias del tiempo leonés.

Todos los alrededores de la Colegiata estaban inundados de una muchedumbre inquieta que se agolpaba expectante.

La cruz alzada y los ciriales llegaban al atrio, y se empezaba a estructurar la presencia de todos los elementos que escenificarían, delante de la Puerta del Perdón de S. Isidoro, con su recreación en piedra del mismo Descendimiento, el momento del "Desenclavamiento de Cristo", recuperado por esta hermandad.



Allí todo era silencio, únicamente roto por las braceras de la Virgen del Desconsuelo entonando el canto de Adoración de las Llagas de Cristo.

El Imperial Pendón de San Isidoro, del Emperador Alfonso VII, conocido popularmente como Pendón de Baeza, portado por sus Ilustres Damas y Caballeros, preside el acto dentro del atrio, pues no en vano, esta antiquísima

Orden fue nombrada Hermana Mayor Honoraria por la Cofradía organizadora.

Emocionante fue, tan especial momento de la Pasión de Cristo, pues solamente la Resurrección quedaba por cumplirse, según los profetas.

Había decidido que mi vivencia particular respecto a la procesión del Camino de la Luz, de la Cofradía del Santo Sepulcro, estuviese en una de las cuatro parroquias históricas de la ciudad, San Martín, quizá la mas castiza, por dar "derecho de piso" a tres cofradías penitenciales y una de ánimas. Todo ello aparte de su laberinto de calles con mucho sabor, que los



cortejos procesionales inundan de pena y color todos los días semanaseros.

En la escalinata de la iglesia del santo francés, puede vivir un momento muy simbólico, pues estos papones que desfilan con signos alegóricos de la Pascua, el fuego, la luz y el agua, entregan el fuego sagrado a la parroquia, anunciando que la Resurrección está próxima, repitiéndolo más tarde en el Convento de las Concepciones.

Asimismo cumplieron su compromiso entregando una ofrenda, en la capilla del Cristo de Afuera.

Me quedaba aún mi tercera cita con la Hermandad de Jesús Divino Obrero, la señera cofradía con “barrio propio”, fundada por la tozudez de Víctor de los Ríos, –del que se han cumplido recientemente 102 años de su nacimiento–, hasta convencer al no poco obstinado Restituto Ruano. Fue un tira y afloja que desembocó en lo que es hoy esta querida hermandad.

Tal es el grado de hermanamiento con las Siete Palabras, que debido a quedarse en casa el día anterior, Viernes Santo, por la lluvia y una sabia decisión de su Junta de Seises, invitaron a esta a acompañarles con el Cristo de los Balderas. El reto fue aceptado, y este espléndido paso pudo acompañar a La Soledad en su triste deambular esperando la vuelta a la vida de su Hijo.

El punto que había seleccionado, por su escenografía, fue la calle Platerías, pues conocedor de la gran dimensión del paso del Cristo,



podría ser donde se me llenaran los sentidos del buen hacer de los braceros en su salida a la calle Plegaria.

El simbolismo máximo de hermanamiento entre ambas asociaciones de fieles, según el derecho canónico, quedó plasmado cuando ambos



abades tomaron dos de los brazos delanteros del impresionante Cristo, y metiendo el hombro bajo el pesado trono, aunaron el esfuerzo de las dos congregaciones, con un mismo objetivo, recordar, como humanos y católicos, la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo por las calles de León.

Y así fue. Apareció sublime, majestuoso, a pesar de la estrechez final de Platerías, que prácticamente es un embudo. No sin gran esfuerzo, y a la manera de los más expertos braceros, la angulosa esquina quedó salvada y plantado el Crucificado delante de la Iglesia de San Martín, donde como cada año la Hermandad del Obrero depositó un ramo de flores en la capilla del Cristo de Afuera.

El Sábado Santo llamaba a su fin. Deambulé por las intrincadas calles del casco viejo, ante una muchedumbre amorfa, bebiendo limonadas en las tabernas.

Al final acabé sentado, a las doce de la noche, en el crucero de la Plaza del Grano, a espaldas del Mercado, donde nací a la vida cristiana, y revisando en mi cámara de fotos todo lo vivido en esta tarde-noche, al final de las instantáneas que había plasmado, curiosamente la última de todas ellas era un fogonazo de luz brillante y deslumbrante, que me hizo reaccionar al visionarla. Indudablemente Cristo ya había tomado vida en León. Era Domingo de Resurrección.



Domingo de Resurrección

Recuerdos de Xuasús González

La última



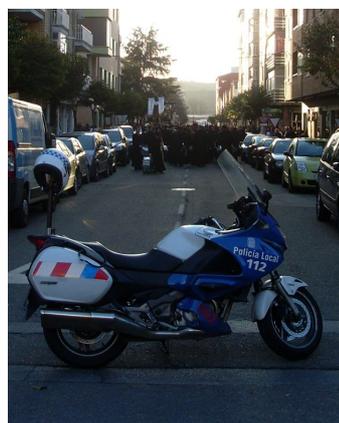
4 de abril de 2010. Ocho en punto de la mañana. El despertador nos recuerda que, este año, nos habíamos comprometido a ser el 'ojo' de La Horqueta durante el Domingo de Resurrección. Y es así como comienzan estos *Recuerdos*.

Era un día, el más importante para los cristianos, pero un tanto 'extraño'. Se mezcla la tristeza de que la Semana Santa llegue a su fin con la alegría propia de la Resurrección de Jesús, culmen de nuestra fe.

Tan rápido como pudimos –téngase en cuenta el correspondiente cansancio de quien lleva toda la Semana Santa 'a pleno rendimiento'– nos plantamos en el entorno de la iglesia de Jesús Divino Obrero, donde ya estaba todo preparado.

Faltaban unos minutos aún para las 8:45 h., hora prevista para la salida de la procesión. Y uno, que aún estaba en ayunas, decidió remediarlo en Los Claveles. Café solo y pincho de tortilla bien servirían.

Quizás estos Recuerdos del día de Pascua deberían comenzar en la noche del Sábado, con la celebración de la Vigilia Pascual, momento en que conmemoramos la Resurrección de Cristo, la redención del mundo.



En nuestro caso asistimos a la que se celebró en la Catedral –dos horas y diez minutos duró–, al término de la procesión del Sepulcro, y allí se nos dio la Noticia que durante toda la jornada del Domingo íbamos a conmemorar: ¡Ha resucitado!

Cornetas y tambores en ordinaria –en esta ocasión la banda femenina de Angustias– nos obligaban a apresurarnos. Apenas con cinco

minutos de retraso arrancaba la procesión; una procesión en la que echamos en falta la representación de hermanos de Santa Marta.

Avanzaba ya parte del cortejo hacia la calle José María Fernández. Tras incensario y navetas se situaba el paso de la Cruz de la Esperanza, que contaba con braceros de su cofradía hermana de las Siete Palabras, que el día anterior habían procesionado al Cristo de los Balderas de forma extraordinaria en la Procesión de la Soledad.



Tras él se situaban la banda del Poder, el paso de San Juan –que estrenaba trono y guión–, la Agrupación Musical de Jesús, una representación de hermanos de fila de las Siete Palabras, el paso de Las Tres Marías –y detrás, un hermano con la corona, que se estrenaba este año, para poner a la Virgen durante el Encuentro–, las manolas, el sacerdote y la banda de las Siete Palabras.



Aproximadamente a las nueve, y en sentido opuesto, orientándose hacia la calle Daoíz y Velarde, comenzaba también a andar la otra parte del cortejo: Cruz de Guía, banda femenina de Angustias, hermanos de fila, paso de La Resurrección, banda de

Jesús Divino Obrero –que llevaba, además de su enseña actual, su bandera antigua–, y autoridades y representaciones.

Hasta la Catedral, una y otra partes del cortejo avanzarían por separado, por lo que decidimos seguir a La Resurrección, aunque con alguna ‘escapada’ hacia Las Tres Marías.

No había mucha gente por las calles a esas horas, pero tampoco faltó quien quiso arropar a la hermandad –muy vinculada a su barrio– en la calle.

Otros, en cambio, hacían vida ‘normal’, como un domingo cualquiera. De hecho, un policía municipal aprovechaba la coyuntura, libreta en mano, para conversar con un hombre –con cara de no pasar por un buen



momento—, junto a su coche, en Puerta Sol. No sabemos el motivo, pero lo intuimos...



A las diez y veinte pasadas hacía su entrada La Resurrección en la plaza de la Catedral, donde había de encontrarse con su Madre. Nos llama la atención el sepulcro del paso, un sepulcro que sustituyó al anterior —el de Víctor de los Ríos, aunque también modificado— hace alrededor de una

década, y que —al menos desde nuestro punto de vista— no hace lucir el paso tanto como debiera.

Poco después, Magín Mayo se encargaba de poner voz a las letras de Máximo Cayón Diéguez para pregonar la Resurrección, y la Virgen cambiaba su negro manto de luto por uno blanco. ¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya!

Las palomas, el Himno a la Alegría —que interpretaron las gaitas de la hermandad—, y los abrazos y saludos entre los hermanos —ya sin capillo— anticipaban de alguna manera las palabras del Abad-Presidente a los braceros: “Felices Pascuas”.



El reloj marcaba las 10:35 h., y finalizado el Encuentro entre María y Jesús Resucitado, muchos fueron abandonando la plaza de la Catedral: unos, hacia el interior del templo; otros, en busca de una cafetería próxima.



Algunas bandas se fueron —y volvieron— en ordinaria. Especialmente llamativo fue el caso de las del Poder y de Jesús Divino Obrero, que entraron juntas para la segunda parte de la procesión.

Así —nos dijeron— lo hacían por tercer año, fruto de la buena relación entre ambas formaciones.



Todo estaba preparado para que la procesión, ahora ya conjunta, iniciara de nuevo su recorrido. Los hermanos –sin capillo– y las manolas –con mantilla blanca en vez de negra–, aguardaban a que arrancara el cortejo, lo que haría sobre las 12:10 h. con el siguiente orden: Cruz de guía, banda femenina de Angustias, paso de la Cruz de la Esperanza, banda de las Siete Palabras, representación de hermanos de las Siete Palabras, Paso de la Resurrección, banda del Poder, paso de San Juan, Agrupación de Jesús, paso de Las Tres Marías, banda de Jesús Divino Obrero –cuyos tambores no olvidarían su peculiar golpe de baquetas– y representaciones.

Apretaba el calor –hecho que no fue común en esta Semana Santa de 2010– y la procesión continuaba –ahora sí, entre una gran cantidad de público– su caminar hacia San Isidoro, adonde llegaba la Cruz de Guía hacia las 12:50 h.



A las puertas del convento de las Siervas de Jesús esperaban ya las monjas. Fue cuarenta minutos más tarde –tiempo de paso de la procesión–, cuando cantaron la Salve, entre público, autoridades y representaciones, algunas con la medalla de Jesús Divino Obrero al cuello. A su término, el Abad-Presidente les entregó un ramo de flores en agradecimiento.



Hacia las dos de la tarde llegó la procesión a la Plaza Mayor, donde las gradas ubicadas delante del Consistorio Viejo para el otro Encuentro, el de Viernes Santo, albergaban una buena cantidad de gente a la espera de ver pasar la última procesión de la Semana Santa leonesa.

Se iba haciendo ya tarde. O eso, al menos, debieron pensar unos padres que llamaban a sus hijos para que salieran del cortejo: “vamos, que es tarde”. Los niños –qué importantes son en las cofradías– fingieron no oírles durante unos segundos pero, al final, no les quedó más remedio que obedecer.

Al salir de la Plaza Mayor, la hermandad entraba ya en su barrio, con una mayor presencia de gente conforme se iba aproximando a su iglesia, a donde llegó la Cruz de Guía poco antes de las tres de la tarde.



Entre los que esperaban en Jesús Divino Obrero se encontraba el fundador de la hermandad, Restituto Ruano, quien a sus más de 90 años sigue participando, aunque no pueda ya salir en procesión.



A la llegada del paso de Las Tres Marías, un hermano la recibía con una saeta. Y, por último, con todos los pasos –salvo La Resurrección, claro está– a hombro, la banda de la hermandad interpretó la Marcha Real.

Eran las 15:35 h., y la procesión había llegado a su fin. Una foto de familia así lo certificaba. Pero, para alargar la Semana Santa un poco más –siquiera para compartir impresiones– nos dispusimos a tomar la última limonada de la ‘temporada’.

En Los Claveles –allí habíamos comenzado la jornada siete horas antes– poníamos el punto final, en compañía de Jorge Revenga, con quien compartimos estos *Recuerdos 2010* y que había sido uno de los encargados de llevar el banderín de la Agrupación de Jesús. Al salir, mientras nos despedíamos, una señora que pasaba por allí nos llamaba por la espalda.

– “Se le ha caído” –se dirigió a Jorge, señalando un capillo negro en el suelo...

Este año, al menos, ya no lo necesitaba. Pero sí la próxima Semana Santa, una Semana Santa de 2011 para la que hacía ya unos minutos que se había iniciado la cuenta atrás.

